

RIOJA, FRANCISCO DE (1583 – 1659)

*POESÍAS*

INDICE:

*DÉCIMAS*  
*SESTINAS*  
*SILVAS*  
*SONETOS*

*DÉCIMAS*

1

No se causan mis enojos,  
ô Clori, de ajenas glorias;  
otras temidas victorias  
dan lágrimas a mis ojos.  
No invidio dulces despojos  
de amante favorecido,  
que la suerte me a traído  
a no amar ser invidiado;  
moriré alegre abrasado,  
como no fuera ofendido.

Fundo mi cierta alegría  
en vivir dentro en mi fuego,  
i aquel deleite me niego  
que tu luz darme podría.  
Mi dulce pasión porfía  
en llevarme a tu rigor,  
pero ardiendo aun tengo orror  
del desprecio con que miras,  
i llego a sentir tus iras  
más que a estimar tu favor.

No ai sombra de bien que pueda  
concederme la fortuna;  
crece mi llama importuna

esparziendo el humo en rueda.  
I tan abrasado queda  
el pecho de su violencia  
que desmaya la paciencia;  
mas después un favor lento  
assí ensuavece el tormento  
que aun lo busca la prudencia.

Mas tan poco se detiene,  
que vengo a desengañarme  
que Amor no quiere matarme  
porque más de espacio pene.  
La esperiencia me previene  
a que huya el cierto daño,  
pero amo tanto el engaño  
que a la imagen de un favor  
siento apagado el dolor  
del incendio más estraño.

No sé si llame piedad  
a esta remisión de pena,  
porque afloxar la cadena  
para apretarla, es crueldad.  
En esta inhumanidad  
a mi llama lisonjea  
un cierto error porque crea  
en tan acabada fee  
que no es cierto lo que ve  
sino aquello que desea.

Yo triste a conocer vengo  
que mi bien desvaneci6;  
como sombra me huy6;  
lágrimas ya le prevengo  
¿Será qu'en el mal que tengo  
halle imperio el llanto mío?  
Mas, ¡ô necio desvarió!:  
contra llamas celestiales  
no pueden tibios cristales  
ostentar sobervio brío.

2

Quiero mi grave tormento  
en silencio padecer,

pues assí usurpa el temer  
la fuerça al atrevimiento.  
Mas no es mi fuego tan lento  
qu'el humo pueda ocultar;  
modos vengo a dessear  
con que desmienta mi ardor,  
i la fuerça del dolor  
aun quita el imaginar.

Pierda el nombre de atrevido  
quien no pretende favores,  
i no acuse mis dolores  
quien nunca los a sufrido.  
Viva yo en público olvido,  
siempre ocioso a la memoria,  
i alcance aquella vitoria  
que me diere tu piedad:  
que a corta capacidad  
no conviene mayor gloria.

¿En qué te injuria quien ama,  
Clori, la encendida rosa  
que por tu nieve hermosa  
dulcemente se derrama?  
No aumenta el rigor la fama;  
sienta tu crueldad el día  
que a hazer polvo porfía  
el fuego con que as vencido,  
porque ofender al rendido  
es covarde valentía.

Y si es ofensa adorarte  
dentro en mí con blando ruego,  
permite que trate el fuego  
pues él puede assí vengarte;  
que si vienes a enojarte  
con menor belleza miras:  
¿el puro cielo que admiras  
i los mares espaciosos  
no se ven menos hermosos  
cuando más muestran sus iras?

Ofendes a tu razón  
en tener tanta fiereza,  
que Amor es de la belleza  
apazible adulación.

Quien no huie tu prisión  
bien merece menor mal:  
¿no ves el manso cristal  
que a la flor que ama su frente  
le da con crespas corrientes  
de agradecido señal?

3

En tan lento resistir  
i en incendio tan severo  
poco a la razón espero  
i mucho temo al vivir.  
Una lei vengo a sentir  
cuya violencia no acuso;  
tiemblo i sígola confuso,  
que avisos de la prudencia  
dizen que no ai resistencia  
contra el imperio del uso.

I quedo entre este temor  
con tal gusto persuadido,  
que aun quando más ofendido,  
hallo deleite en mi ardor.  
Tus altos modos, Amor,  
tarde llego a conocer:  
el siempre elar i encender  
a quien tu fe solicita  
es porque sólo acredita  
las glorias el padecer.

Solamente el bien de amar  
quiero, sin correspondencia,  
pues muere assí la paciencia  
en naciendo el dessear.  
Tiempo, dexa de apagar  
el fuego que me eterniza:  
que tu ielo atemoriza,  
i el arte de la razón  
no tiene jurisdicción  
para encender la ceniza.

Esta luz que en mí florece  
i obraron passiones mías,  
a la injuria de los días

sin advertir desvanece.  
Fuerças el discurso ofrece  
del ánimo al blando fuego;  
mas su esfuerço i risa i juego  
contra la edad a de ser:  
que es violencia su poder  
i el de la razón es ruego.

Pero si roba la flor  
de tu voz i de tu aliento,  
Clori, el sol menos violento,  
bien tengo a mi ofensa orror.  
¿Qué osará umano valor  
viendo divinos despojos?  
Mas, ¡ô importunos enojos!  
pues aun no da la esperança  
engaños a la vengança,  
dé el dolor llanto a mis ojos.

### *SESTINAS*

1

Crespas, dulces, ardientes hebras de oro  
que ondas formáis por la caliente nieve,  
¿cuándo veré salir las alvas luzes,  
contento de encenderme en vuestro fuego,  
que dexé de bolver al triste llanto,  
bañado en cana espuma como cisne?

Igual entonces el Tebano Cisne,  
siempre ilustrara los celages de oro  
por quien el corazón destilo en llanto,  
o asombren sueltos la purpúrea nieve  
que esparze rayos de invisible fuego,  
o recojan en áurea red sus luzes.

Mas mientras viere tus divinas luzes,  
no dexaré de andar, cual blanco cisne,  
cantando en muerte el amoroso fuego  
en que me encienden, i los cercos de oro  
que me desatan, como el sol la nieve,  
por los ojos continuo en dulce llanto.

Siempre resuelto estoi en puro llanto,  
salgan de Phebo o del Dragón las luzes,  
caya dulce rocío o caya nieve;  
i aunque más dulce cante que alvo cisne,  
nunca veré el compuesto en nieve i oro  
con blandos ojos a mi ardiente fuego.

¡Ô si ya consumiesse el duro fuego  
el miserable corazón en llanto,  
i nunca viessen más bordarse en oro  
el cielo a la mañana aquestas luzes!,  
pues ardo siempre en ondas como cisne  
cuando sale la noche i cae la nieve.

Bien sé, triste, que puede arder la nieve  
cuando se acabe mi infinito fuego,  
i que abitar en él bien puede el cisne  
cuando toque piedad del grave llanto  
a mi Eliodora en sus acerbos luzes,  
i cuando esté ligado en lazos de oro.

Pues no me enlaza el oro ni la nieve,  
den fin tus luzes a mi ardiente fuego,  
i en llanto i muerte cantaré cual cisne.

2

De Febo Apolo el claro ardiente rayo  
ya muda l'alta nieve en tibias ondas  
del más elado i riguroso monte;  
sólo a mi pura luz no cambia el yelo  
en piedad su centella, ni la llama  
que umedece los cercos de mis ojos.

El povo, el siclamor, sus blandos ojos  
abren con el calor del puro rayo  
que esparze en tomo de Phaetón la llama,  
i con el fresco umor de vivas ondas;  
mas nunca reverdece, suelto el yelo  
(bien que a la faz del fuego), mi arduo monte.

Las plantas bolverán de cualquier monte  
otra vez a cerrar sus lindos ojos,  
i cubrirá sus calvas duro yelo  
ante que yo vos vea, ô dulce rayo

del eterno splendor, bañada en ondas  
por la piedad de mi soberbia llama.

¡Ô si en cana ceniza mi alta llama  
buelta, anduviese solo por el monte,  
o por do forman triste voz las ondas  
del Betis, i no viesse aquellos ojos,  
ni aquel luziente i amoroso rayo,  
poderoso a encender el duro yelo!

Amor, enciende el cristalino yelo  
de mi dulce enemiga con tu llama,  
si no quieres mirarme al duro rayo  
suelto (cual en verano nieve al monte)  
en lágrimas, i ciegos estos ojos  
con el incendio de sus negras ondas.

I si no te movieren estas ondas,  
ni de mi Laida el amarillo yelo  
a quererme mirar con blandos ojos,  
sacude con valor tu acerba llama,  
i abrásame cual suele a espeso, monte  
un fogoso i orrendo i fiero rayo.

Pues duro rayo i encendidas ondas  
no vencen deste monte el arduo yelo,  
abrasa, llama, mis osados ojos.

## SILVAS

1

*Queriendo pintar un pintor la figura de Apolo en una tabla de laurel.*

Mancho el pinzel con el color en vano  
para imitar, ô Febo, tu figura  
en tabla de laurel: o los colores  
no obedecen la mente ni la mano,  
o huye también Dafne tu pintura,  
árbol, aún no olvidando tus amores.  
Perdió la rosa i nieve que solía  
teñir su boca i frente,  
mas no la castidad con que vivía,  
pues oi la guarda en la corteza dura.

Si perdió solamente  
color i hermosura,  
¿i anima el rudo tronco Dafne esquivada  
en tu desdén, aún a tu imagen viva?  
A la Aurora pinté en el horizonte  
entre inflamadas nubes i distintas,  
con puras luzes i rosado arreo.  
De la Ninfa que abita el güeco monte  
mentí con los pinzeles el desseo,  
cuerpo dando a la voz con varias tintas.  
I tú, Marte soberbio, aunque guerrero,  
contra mí no vibraste el limpio azero  
porque con los colores te mostrara  
espirando fiereza.

Sola esta virgen prueba su dureza  
en mí, porque intentara  
que, leño informe, Apolo la abraçara.  
Dafne l'arte a vencido;  
venció ya Dafne l'arte.  
¡Ô Cintio, culpa tuya!  
¿Dó está el arco, dó está el divino aliento?  
A tan flaco poder mengua es que huya  
y que dél se remita alguna parte.

Dime, ¿l'antigua llama  
con imperio en tu sangre se derrama?  
¡Que el desdén sólo puede en un rendido!  
Ya tu desprecio i no el del arte siento:  
que sí queda sin gloria (ilustre Apolo)  
tu fábula, i sin lustre al mundo solo.

2

### *A la riqueza*

¡Ô mal seguro bien, ô cuidadosa  
riqueza, i cómo a sombra de alegría  
i de sossiego engañas!  
El que vela en tu alcance i se desvía  
del pobre estado i la quietud dichosa,  
ocio i seguridad pretende en vano:  
pues tras el luengo errar d'agua i montañas,  
cuando el metal precioso coja a mano,

no a de ver sin cuidado abrir el día.

No sin causa los dioses te ascondieron  
en las entrañas de la tierra dura;  
mas ¿qué halló difícil o encubierto  
la sedienta codicia?  
Turbó la paz segura  
con que en la antigua selva florecieron  
el abeto i el pino,  
i tráxolos al puerto,  
i por campos de mar les dio camino.

Abrióse el mar i abrióse  
altamente la tierra,  
i saliste del centro al aire claro,  
hija del'avaricia,  
a hazer a los ombres cruda guerra.  
Saliste tú i perdiósse  
la piedad, que no abita en pecho avaro.

Tantos daños, riqueza,  
an venido contigo a los mortales,  
que aun cuando nos pagamos a la muerte,  
no cessan nuestros males:  
pues el cadáver que acompaña el oro,  
o el costoso vestido,  
sólo por opulento es perseguido;  
i el último descanso i el reposo  
que tuviera en pobreza, l'es negado,  
siendo de su sepulcro conmovido.

¡A cuántos armó el oro de crüeza,  
i a cuántos a dexado  
en el último trance, ô dura suerte!  
Pierde su flor la virginal pureza  
por ti, i vesse manchado  
con adulterio el lecho, no esperado.

Al menos animoso,  
para que te posea,  
das, riqueza, ardimiento licencioso.  
Ninguno ai que se vea  
por ti tan abastado i poderoso  
que carezca de miedo.

¿Qué cosa avrá de males tan cercada?,

pues ora pretendida, ora alcançada,  
i aun estando en desseos,  
pena ocultan tus ciegos devaneos.  
Pero cánsome en vano; dezir puedo  
que si sombras de bien en ti se vieran,  
los immortales dioses te tuvieran.

3

*A la pobreza*

Desde el infausto día  
que visité con lágrimas primeras,  
me tienes, ô pobreza, compañía;  
aunque tan buena, como dizen, fueras,  
por ser tanto de mí comunicada,  
me vinieras a ser menos preciada.

Diré tus males sin que mucho ahonde  
en ellos, que es mui raro  
lo que por glorias tuyas contar puedes.  
Tal vez el que en su casa un monte asconde

de Numidia i de Paro  
en arcos i paredes,  
cuando entre el blando lino se rodea,  
puesto de los cuidados en el fuego,  
sin conocerte alaba tu sossiego,  
i nunca, aunque lo alaba, lo desea;  
llegas a ser de alguno, en fin, loada,  
mas de ninguno apenas desseada.

¿Si eres tú de los males  
el que nos trata con mayor crüeza,  
cómo podrá ninguno codiciarte?  
Después que nació el oro,  
i con él la grandeza,  
murió tu ser, murió tu igual decoro,  
en otra edad divino:  
¿si por esso, pobreza, en toda parte  
con enfermo color andas contino?

Con preciosos metales  
siempre veo levantado  
lo que tienes tú sola derribado.

¿Qué ciudad populosa  
se sabe que por ti se aya fundado?  
¿Qué fuerça inespunable i espantosa  
por ti se a fabricado?

El süave color, la hermosura  
sólo en tu ausencia con su lustre dura.  
Pintame la belleza  
mayor que imaginares,  
compuesta de jasmines i de grana:  
si con vestido tuyo la adornares,  
su lustre pierde i gracia soberana.

Pues cuando el agro ivierno,  
hijo tuyo sin duda,  
que, como tú, también siempre desnuda,  
roba al bosque el verdor i lo despoja  
de su amarilla hoja,  
pobre por ti su frente,  
ni su sombra codicia más la gente,  
ni sus ramas las aves.

I si yo vanamente no dicierno,  
¿cuándo armarse pudieron vastas naves  
donde se vio tu sombra?,  
¿cuándo exércitos gruessos?  
El número infelice de sucessos  
que por ti an avenida, ¿a quién no assombra?  
Hablen los nunca sepultados güessos  
que en las playas blanquean,  
de tantos que por falta de sustento  
al mar rindieron el vital aliento.

¡Cuántos as escondido  
en los anchos desiertos  
para que al mal seguro caminante  
asalten encubiertos!  
¡Ô, en cuántas partes se verá teñido  
el campo con la sangre de los muertos!  
No ai voz, aunque de hierro, que bastante  
sea a dezir los males que acarrear  
duras necessidades.

Los pobres que abitan las ciudades,  
¿qué afrenta no padecen?:  
lo que por sus ingenios merecieron,

ô pobreza, por ti lo desmerecen.  
¿Qué pobre uvo discreto?  
¿Cuándo tuvo amistades  
que aun con pequeño onor correspondieran?  
¿Cuándo con la pobreza algún respeto  
jamás se tuvo a las tendidas canas  
que tú de blanca nieve, edad, coloras?

¡Ô mentes de la umilde gente vanas,  
no cuidéis, a despecho  
de vuestra pobre i mísera fortuna,  
levantaros al cerco de la luna!  
Mirad que cuantos hijos van saliendo  
del nunca en vano frequentado lecho,  
tantos esclavos, ¡ai!, os van creciendo  
que ocupéis en mesquina servidumbre,  
no sin tormento vuestro, no sin llanto.

¿Qué vale, ô pobres, levantaros tanto?  
Mirad que es necio error, necia costumbre,  
soltar a la soberbia assí la rienda:  
que yo apenas, umilde i sin contienda,  
puedo contar en paz algunas oras  
de las que passo en el silencio oscuro,  
olvidado en pobreza i no seguro.

4

*A don Francisco de Villalón*

Ocio a los dioses pide,  
pálido, con elada voz e incierta,  
el que en mal firme nave  
áspero mira el campo del Egeo,  
i aquel que apenas con el peso grave  
de las armas respira  
cuando el metal orrendo embuelto en humo  
hierro o plomo despide:  
ya que entre el fuego i el furor no acierta  
a hazer en el ocio de sí empleo,  
lo huelga frecuentar con el desseo.

Yo, pues, ¡cuánto me engaño si presumo  
entre el polvo, que buelto en llama espira  
el güeco bronzó, o entre turbias olas

ocio hallar en frágil leño, ô Mario,  
no venal por la púrpura ni el oro!  
En vano me aconsejas que sulquemos  
mares que en breve airados temeremos.

Mas, doi que buelen nuestras naves solas,  
no con alas de lino, el ponto vario,  
i que lleguen al puerto, i las arenas  
ya pisemos de playas peregrinas;  
i doi que luego las profundas minas,  
no como siempre avaras, el tesoro  
nos ofrescan que asconden en sus venas:  
¿bolarán, dime, ô Mario, los cuidados  
por los montones de oro levantados?

¡Ai, que no libra el oro i la grandeza  
de alborotos la mente,  
ni la región con otro sol caliente!  
Daste al agua atrevido i su aspereza,  
i huyes esta patria, este elemento  
que primero espiraste,  
i en quien primeras lágrimas vertiste.

No huyas, que aunque huyas al abismo,  
no podrás de ti mismo,  
i todos los pesares  
que en la tierra tuviste  
también te an de seguir por altos mares.  
No dexes por un pino el firme assiento  
donde más de una vez ocio hallaste.

Sabes que los cuidados boladores  
suben, ligeros más que airado viento,  
a las naves mayores;  
sábeslo, i la codicia  
tu alta razón pervierte;  
mira que la avaricia  
a nadie quita la devida muerte  
o le aumenta el vivir un solo día.

Yo, aunque más ostinado me aconsejes,  
no e de huir de mi nativo suelo,  
i aunque de mí te alexes,  
como dizes, a más benigno cielo,  
qu'es lo que más de ti sentir podría:  
que ya en segura paz i en descuidado

ocio, alegre desprecio  
el diverso sentir del vulgo necio,  
sin esperanza alguna  
de más blanda fortuna,  
i aguardo sossegado el día postrero  
que verá poco alegre mi erederero.

5

*A Francisco Pacheco*

*A la constancia*

¿Ves cómo las riberas permanecen  
firmes, Pacheco, al ponto embravecido?,  
que aunque al orrendo golpe se estremecen  
con el temor quizá del gran ruido,  
después de roto un mar, con igual frente  
animosas aguardan el siguiente.

Tal juzga mi firmeza,  
aunque cambio semblante  
a los golpes del vulgo enfurecido:  
que el ánimo constante  
no ostenta su grandeza  
en negar a los males sentimiento,  
mas sólo en no abatirse a su aspereza.

Ármense ciento a ciento  
los que hieren con ravia invidiosa  
i furiosos en mí sus iras prueven,  
que en lo adverso constancia se acredita.

¡Ô, exercite yo siempre el sufrimiento  
con frente no marchita!,  
que los valientes ánimos más deven  
a la acerba ocasión que a la dichosa,  
porque en el daño su valor aumenta:  
como el estéril campo que acrecienta  
la virtud abrasado  
(el incendio sonante i dilatado  
el vicio le destierra),  
que la copia de frutos produzida  
deve más a la llama que a la tierra.

¡Ô, cuánto es infelice quien la vida  
breve passa olvidado!;  
siempre igual cuando nace i cuando muere,  
yaze en alto silencio sepultado.  
¡I cuánto aquél dichoso  
que la común invidia mereciere!,  
pues si vive invidiado, no invidioso  
de cuanto bien reparte la fortuna  
debaxo el cerco de la blanca luna.

Presente la virtud, no resplandece  
como deve, con onra no manchada,  
antes es perseguida i denostada;  
mas descúbrese ausente, i aparece  
el puro lustre suyo,  
i entonces aun del contrario es desseada.

Con este fundamento nunca huyo  
mientras vivo, Pacheco peregrino,  
del enemigo el diente más agudo,  
ni formo, quexa alguna  
del más amigo en mi alabança mudo,  
que en el último día  
començará a vivir la gloria mía.

Tú, pues en la pintura con destreza  
a la Naturaleza  
ya vences i ya igualas,  
no ternas de enemiga  
pluma o de acerba lengua lo que diga:  
que tu nombre divino  
el tiempo llevará sobre sus alas,  
i por tu ingenio i arte  
dirá del orbe en la escondida parte  
(nunca en tus alabanças importuno)  
que antes te invidia que te imita alguno.

6

*A don Juan de Fonseca, canónigo de Sevilla*

*Al verano*

Fonseca, ya las oras  
del ivierno aterido,

aunque tarde, se fueron  
i su vez agradable permitieron  
al zéfiro florido.

Ya el verano risueño  
nos descubre su frente  
de rosas i de púrpura ceñida;  
remite el aire el desabrido ceño,  
i el sol libra sus rayos  
de las nuves oscuras,  
i con luzes más vivas i más puras  
regalando la nieve,  
al blanco pie de los parados ríos  
las prisiones de yelo alegre quita  
i su antiguo correr les solicita.

Viste de yerva el suelo,  
i de verdor loçano  
frentes que desnudara el cierço cano;  
en la copia de flores que aparece  
por los troncos desnudos,  
que rara i breve hoja cubre appena,  
esperanças ofrece  
del rústico al sudor, premio mal cierto,  
bien que sabroso engaño,  
de los frutos que espera  
en el copioso ramo i en la era.

La pesadumbre líquida no crece  
con el furor de los oscuros vientos  
qu'ásperos la levantan i remueven  
de sus hondos assientos,  
mas antes, ya serena i clara, gime  
con el peso de máquinas aladas  
que su tranquila i lisa frente oprime.

Filomela con voces acordadas  
se oye sonar en los confusos senos  
de ramas intrincadas  
i en los prados amenos.  
¡Ô, cómo es el verano  
tiempo más genial i más umano  
que otro alguno que da el bolver del cielo!  
¡Ô, cuál número i cuánto trae de flores!  
¡Ô, cuál admiración en sus colores!

De la imagen de Amor, ardiente rosa,  
las encendidas alas,  
que fueron ya de sus espinas galas,  
con el color, con el olor divino  
son lustre i ornamento al blanco lino  
do al gusto se ministra, coronando  
la mesa regalada  
i fruta sazónada,  
con el puro rocío blanqueando.

Pues, ¡cuál parece el búcaro sangriento  
de flores esparzido  
i el cristal veneciano  
a quien l'agua de elada  
la tersa frente le dexó empañada!  
¿A cuál vaga lazada de oro crespo,  
a cuál púrpura i nieve,  
por do las gracias i el amor se mueve,  
no aumentó hermosura peregrina  
alguna flor divina?

¡Ô florido verano!,  
si a mí afecto se deve,  
camina a lento passo,  
dexa el bolar, dexa el bolar ligero  
para tiempo más triste i más severo:  
tú cándido i süave i blando espira  
i tardo te retira.

Pero sordo i difícil a mi ruego  
veloz passa bolando,  
al umano linage amonestando,  
viendo las rosas que su aliento cría  
cómo nacen i mueren en un día:  
que las umanas cosas,  
cuanto con más belleza resplandecen,  
más presto desvanecen.

¿I tú la edad no miras de las rosas?  
Arde, Fonseca, en el divino fuego,  
fuego divino tuyo,  
toma exemplo del tiempo que nos huye,  
que en sus flores de tardos nos arguye,  
i no dexes passar en ocio un punto.

Vive en la ecelsa llama

que a nueva gloria i resplandor te llama,  
que no sabes si al día claro i puro  
otro podrás contar ledó i seguro,  
o si el hermoso incendio que te apura  
luzirá con eterna hermosura.

7

*A la arrebolera*

Tristes oras i pocas  
dio a tu vivir el cielo,  
i tú, a su eterna lei mal obediente,  
a no fáciles iras lo provocas:  
alças la tierna frente,  
en llama, diré, o púrpura bañada,  
de la gran sombra en el oscuro velo,  
i mustia i encogida i desmaiada  
llegas a ver del día  
la blanca luz rosada.

¡Tan poco se desvía  
de tu nacer la muerte arrebatada!  
Si es, pues, de alto decreto  
que el tiempo breve de tu edad incluyas  
en sólo el cerco de una noche fría,  
¿qué te valdrá que huyas,  
con ambicioso aleteo  
de acrecentarle instantes a la vida,  
los conocidos i nativos lares?

No inquietes atrevida  
el cano seno a los profundos mares,  
que por ventura negarán camino  
en daño tuyo a tu ferrado pino,  
i en vez de la acogida  
que en las pardas entrañas  
hallaste siempre de la tierra dura,  
hallarás en sus aguas sepultura.

Díme, ¿cuál necio ardor te solicita  
por ver de Apolo el refulgente rayo?  
¿Qué flor de las que en larga copia el mayo  
vierte, su grave incendio no marchita?  
¡Ô, cómo es error vano

fatigarse por ver los resplandores  
de un ardiente tirano  
que impio roba a las flores  
el lustre i el aliento i los colores!

¡ tú, admirable i vaga,  
dulce onor i cuidado de la noche,  
si la llama i color el sol apaga,  
¿cuál mayor dicha tuya  
que el tiempo de tu edad tan veloz huya?:  
no es más el luengo curso de los años  
que un espacioso número de daños.

Si vives breves oras,  
¡ô, cuántas glorias tienes!  
Tú las divinas sienes  
ciñes de la callada noche oscura,  
i no una vez ofrece a las auroras  
la soñolienta diosa  
de tus colores bellos  
tintas para sus frentes i cabellos.

Dexa el mar ambiciosa,  
que por tu errar inmenso i dilatado  
no añadirá fortuna  
ora a tu edad alguna,  
ni por mudar lugar tan apartado  
que otro sol lo visite i otra luna;  
i passa en ocio i paz aventurada  
de tu vivir el tiempo oscuro i breve,  
esperando aquel último desmayo  
a quien tu luz i púrpura se deve.

8

*Al clavel*

A ti, clavel ardiente,  
invidia de la llama i de l'Aurora,  
miró al nacer más blandamente Flora:  
color te dio ecelente  
i del año las oras más süaves.

Cuando a la ecelsa cumbre de Moncayo  
rompe luziente sol las canas nieves

con más caliente rayo,  
tiendes igual las hojas abrasadas.  
Mas, ¿quién sabe si a Flora el color debes,  
cuando devas las oras más templadas?  
Amor, Amor, sin duda, dulcemente

te bañó de su llama refulgente  
i te dio el puro aliento soberano:  
que eres, flor encendida,  
pública admiración de la belleza,  
lustre i ornato a pura i blanca mano,  
i ornato i lustre i vida  
al más hermoso pelo  
que corona nevada i tersa frente,  
¡sola merced de Amor, no de suprema  
otra deidad alguna,  
ô flor de alta fortuna!

Cuantas vezes te miro  
entre los admirables lazos de oro  
por quien lloro i suspiro,  
por quien suspiro i lloro,  
en invidia i amor junto me enciendo.  
Si forman por la pura nieve i rosa  
(diré mejor, por el luziente cielo)  
las dulces hebras amoroso buelo,  
quedas, clavel, en cárcel amorosa  
con gloria peregrina aprisionado.

Si al dulce labio llegas que provoca  
a süave deleite al más elado,  
luego que tu encendido seno toca  
a su color sangriento,  
buelves, ¡ai, ô dolor!, más abrasado.  
¿Dióte naturaleza sentimiento?  
¡Ô yo dichoso a avérseme negado!  
Hable más de tu olor i de tu fuego  
aquél a quien invidias de favores  
no alteran el sossiego.

9

*A la rosa amarilla*

¿Cuál suprema piedad, rosa divina,

de alta belleza transformó colores  
en tu flor peregrina,.  
teñida del color de los amores?

Cuando en ti floreció el aliento umano,  
sin duda fue sobervio amante i necio,  
cuidado tuio i llama,  
i tú descuido suio i su desprecio.  
Diste voces al aire, fiel en vano,  
¡ô triste! ¡I cuántas vezes  
i cuántas, ai, tu lengua enmudecieron  
lágrimas que copiosas la ciñeron!

Mas tal uvo deidad, que conmovida  
(fuesse al rigor del amoroso fuego  
o al pío afecto del umilde ruego)  
borró tus luzes bellas  
i apagó de tu incendio las centellas;  
desvaneció la púrpura i la nieve  
de tu belleza pura  
en corteza i en hojas i ástil breve.

El oro solamente  
que en crespos lazos coronó tu frente,  
en igual copia dura,  
sombra de la belleza  
que pródiga te dio naturaleza,  
para que seas, ô flor resplandeciente,  
exemplo eterno i solo de amadores,  
sola, eterna, amarilla, entre las flores.

10

*A la rosa*

Pura, encendida rosa,  
émula de la llama  
que sale con el día,  
¿cómo naces tan llena de alegría  
si sabes que la edad que te da el cielo  
es apenas un breve i veloz buelo,  
i ni valdrán las puntas de tu rama  
ni púrpura hermosa  
a detener un punto  
la ejecución del hado presurosa?

El mismo cerco alado  
que estoi viendo riente,  
ya temo amortiguado,  
presto despojo de la llama ardiente.  
Para las hojas de tu crespo seno  
te dio Amor de sus alas blandas plumas,  
i oro de su cabello dio a tu frente.

¡Ô fiel imagen suya peregrina!  
Bañóte en su color sangre divina  
de la deidad que dieron las espumas,  
¿i esto, purpúrea flor, esto no pudo  
hazer menos violento el rayo agudo?

Róbate en una ora,  
róbate licencioso su ardimiento  
el color i el aliento:  
tiendes aún no las alas abrasadas,  
i ya buelan al suelo desmayadas.

Tan cerca, tan unida  
está al morir tu vida,  
que dudo si en sus lágrimas la aurora  
mustia tu nacimiento o muerte llora.

11

*Al jazmín*

¡Ô, en pura nieve i púrpura bañado,  
jazmín, gloria i honor del cano estío!,  
¿cuál avrá tan ilustre entre las flores,  
hermosa flor, que competir presuma  
con tu fragante espíritu i colores?  
Tuyo es el principado  
entre el copioso número que pinta  
con su pinzel i con su varia tinta  
el florido verano.

Naciste entre la espuma  
de las ondas sonantes  
que blandas rompe i tiende el ponto en Chío,  
i quiçá te formó suprema mano,  
como a Venus también, de su rocío;

o, si no es rumor vano,  
la misma blanca diosa de Cithera,  
cuando del mar salió la vez primera,  
por do en la espuma el blando pie estampava  
de la playa arenosa  
alvos jazmines dava,  
i de la tersa nieve i de la rosa  
qu'el tierno pie ocupava  
fiel copia apareció en tan breves hojas.

La dulce flor de su divino aliento  
liberal ascondió en tu cerco alado;  
hizo inmortal en el verdor tu planta:  
el soplo la respeta más violento  
que impele embuelto en nieve el cierço cano,  
i la luz más flamante  
que Apolo esparze altivo i arrogante.

Si de süave olor despoja ardiente  
la blanca flor divina  
i amenaza a su cuello i a su frente  
cierta i veloz rüina,  
nunca tan licencioso se adelanta  
que al incansable suceder se opone  
de la nevada copia,  
que siempre al mayor sol igual florece  
e igual al mayor yelo resplandece.

¡Ô jazmín glorioso,  
tú solo eres cuidado deleitoso  
de la sin par hermosa Citherea,  
i tú también su imagen peregrina!

Tu cándida pureza  
es más de mí estimada  
por nueva emulación de la belleza  
de la altiva luz mía  
que por obra sagrada  
de la rosada planta de Dione:  
a tu ecelsa blancura  
admiración se deve  
por imitar de su color la nieve,  
i a tus perfiles rojos  
por emular los cercos de sus ojos.

Cuando renace el día

fogoso en Oriente,  
o con color medroso en Occidente  
de la espantable sombra se desvía,  
i el dulce olor te buelve  
que apaga el frío i que el calor resuelve,  
al espíritu tuyo  
ninguno avrá que iguale,  
porque entonces imitas  
al puro olor que de sus labios sale.  
¡Ô, corona mis sienes,  
flor que al olvido de mi luz previenes!

### *SONETOS*

1

Corre con alvos pies al espacioso  
Océano, veloz Tarteso río,  
assí no ciña el abrasado estío  
tu dilatado curso glorioso;

i di a mi ardor que crece tu espumoso  
seno a las muchas lágrimas que envío,  
o esparza la dudosa luz rocío  
o muestre Cintia lustre generoso.

Que oyendo en mustio son mi afán ardiente  
de ti, con crespada lengua resonado  
en verde prado o en sedienta arena,

será que blandas luzes al herviente  
umor muestre (ya en vano derramado)  
mi acerba i dulce i clara luz serena.

2

Sube, frondosa vid, i en estendido  
ramo corona la desnuda frente  
deste infelice povo, que al corriente  
cristal yaze, de onor destituido.

Sube, assí no amanzille el aterido  
ivierno en duro yelo tu ecelente

cima, ni Febo, cuando más ardiente,  
muestre a tu gloria el rayo embravecido.

Que pues, cuando en su lustre florecía,  
te dio el áspero tronco i dilatado  
seno donde luziesse tu ufanía,

es razón, sacra vid, qu'el despojado  
leño de verde i fresca loçanía  
ornes agora en su funesto estado.

3

Ya del sañudo Bóreas el nevoso  
soplo cessó, ¿el triste invierno elado,  
dando passo, al divino ardor templado,  
huyó al profundo centro tenebroso.

I buelve el verde onor al espacioso  
seno vuestro, del yelo despojado,  
sacros povos, que ornáis el intricado  
curso del claro Guadamar ondoso.

¡Felices vos!, que ufanos al süave  
rayo de Febo coronáis la frente,  
libres del yerto umor que os oprimía.

Mas, ¡triste yo!, que de importuno i grave  
yelo siento oprimir la frente mía,  
lexos de ver mi altiva luz ardiente.

4

Menoba, que con turbia i alta frente  
buelas veloz al gran Tarteso río,  
orrible a fuerça del pluvioso i frío  
Austro, la selva oprime tu corriente.

I vi yo cuando en la sazón ardiente,  
corriendo appena, de cristal vazío,  
ella te defendió del cano estío,  
de tu ceñido umor mustia i doliente.

No des al aire, pues, ô río sagrado,

raíces de tan fiel i generosa  
selva que te asombré al estivo fuego.

Templa la saña i el confuso i ciego  
hervir de tu profunda agua espumosa;  
assí discurras puro i dilatado.

5

Marchite, ¡ô nunca!, frío i cano yelo  
de tus labios la dulce i blanda rosa,  
do las Gracias, do Amor siempre reposa,  
ni otro sitio invidiando ni otro cielo.

Dellos nunca a herir levanta el buelo,  
ni hacha cuida o flecha rigurosa,  
que una blanda palabra graciosa  
arma i enciende en el purpúreo velo.

Destos, pues, roxos, blandos i süaves  
labios do se arma Amor, i que encendieron  
mi pecho en llama i rosa dulcemente,

¡nunca, ô tiempo!, permitas que los graves  
yelos de edad la púrpura ardiente  
amortigüen, i llama en que m'ardieron.

6

¡Salve, ô mancebo, flor de la hermosa  
llama qu'enciende i cerca el puro cielo!,  
cuanto menos que Cintia generosa,  
tanto luzes más cándido en el suelo.

Apazible destierra en la sombrosa  
noche el orror de su medroso velo,  
que aún no vibra su hacha luminosa  
Venus mirando al gran señor de Delo.

Luze en su vez, ¡ô Héspero dichoso!,  
en su silencio, i con tu luz m'envia  
a mi dulce esplendor i mi cuidado.

Y si tal vez sentiste el amoroso

fuego que assí encendió mi pecho elado,  
dame no errar por tenebrosa vía.

7

Otro tiempo profundo i dilatado  
te vi correr, ô sacro Esperio río,  
i ya te ciñe el abrasado estío  
i tu luziente mármol seca airado.

Triste pensava yo nunca sobrado  
sentir tal vez el ardimiento mío,  
o elasse al Tánais el invierno frío,  
o regalasse el sol su curso elado.

Pero si tú, gran lustre d'Occidente,  
Betis, siendo deidad, del inumano  
tiempo la vez i sientes la crüeza,

no desespero de mi ardor insano  
buelta ver en ceniza la grandeza  
mientras Febo rayare en Oriente.

8

Lánguida flor de Venus, que ascondida  
yazes, i en triste sombra i tenebrosa,  
verte impiden la faz al sol hermosa  
hojas i espinas de que estás ceñida;

i ellas el puro lustre i la vistosa  
púrpura, en que te vi apuntar teñida,  
te arrebatan, i a par la dulce vida  
del verdor que descubre, ardiente rosa.

Igual es, mustia flor, tu mal al mío:  
que si nieve tu frente descolora  
por no sentir el vivo rayo ardiente,

a mí, en profunda oscuridad i frío  
yelo, también de muerte me colora  
l'ausencia de mi luz resplandeciente.

*A don Juan de Fonseca i Figueroa*

Ya la hoja que verde ornó la frente  
 desta selva, don Juan, en el verano,  
 tiende amarilla por el suelo cano  
 fuerça de elado espíritu ardiente;

i la ova que en agua vi pendiente  
 de un güeco risco con verdor loçano,  
 mustio ya i sin color, despojo vano,  
 Betis esplaya con mayor corriente.

I yo assí bien no desigual mudança  
 siento en mi mal, que ya mi ardor intenso  
 cambia el yelo en ceniza vana i fría.

¿Quién esperó igual bien? ¡Ô grata usança  
 del tiempo: que fallece a par del día  
 si un hermoso verdor, un fuego ¡inmenso!

Aunque pisaras, Fili, la sedienta  
 arena qu'en la Libia Apolo enciende,  
 sintieras, ¡ai!, que el Aquilón me ofende,  
 i del yelo i rigor la pluvia lenta.

Oye con qué rüido la violenta  
 furia del viento en el jardín s'estiende,  
 i que apena aun la puerta se defiende  
 del soplo que en mi daño se acrecienta.

Pon la soberbia, ô Fili, i blandos ojos  
 muestra, pues ves en lágrimas bañado  
 el umbral que adorné de blanda rosa;

que no siempre tu ceño i tus enojos  
 podré sufrir, ni el mustio invierno elado,  
 ni de Bóreas la saña impetuosa.

Claro i tranquilo el mar me conducía  
a que sulcara su profundo seno,  
i appena entré, cuando el color sereno  
huyó, de Bóreas con la saña fría.

Crespos montes de umor al cielo vía  
subir, i el mar, d'oscura sombra lleno,  
cambiar varios semblantes, i el terreno  
assiento entre las olas parecía.

Entonce, ¡ai!, ô mesquino!, un mortal yelo  
me cubría, i el güeco leño roto  
luchava con las aguas fatigado.

En tanto afán, con voz ya incierta, al cielo  
moví a piedad; libróme, i hize voto  
de fiar nunca en ponto sossegado.

12

Cuando entre luz i púrpura aparece  
l'alva, i despierto, ¡ai, triste!, i miro el día  
i no hallo la blanca Fili mía,  
alva i púrpura i luz se me oscurece.

Lloro, i crece mi llanto cuanto crece  
más la lumbre i la sombra se desvía;  
i un torpe yelo assí me ata i refría  
que aun la voz para alivio me fallece.

I a un tiempo apura amor con alto fuego  
en este ancho desierto el pecho mío,  
donde el pesar lo aviva más i enciende.

Lloro, pues, i ardo assí, i el mal se estiende  
tanto, que a luz i a sombra i a rocío  
muero en llamas i en lágrimas me anego.

13

¡Ai, amarilla selva, que desnuda  
yazes, i en cano i yerto umor cubierta,  
cómo tu órrida faz en mí despierta  
nuevo mal a mi incendio i llama cruda!

Siéntome, ¡ai, triste!, arder cuando se muda  
tu frente, i se descubre blanca i yerta;  
i cuando l'alma tierra más desierta  
se ve de luz, mi llama es más aguda.

Pero ¿qué mucho, ô selva, si la ardiente  
hacha con que te alienta el claro día  
declina tanto al Austro pluvioso,

i yo estoi tan cercano al refulgente  
rayo que de sus hizes siempre envía  
mi dulce ardor, Aglaida, i glorioso?

14

No esperes, no, perpetua en tu alva frente,  
ô Aglaya, lisa tez, ni que tu boca,  
que al más elado a blando amor provoca,  
bañe siempre la rosa dulcemente.

¿Ves el sol que nació resplandeciente,  
cuál con luz desvanece tibia i poca,  
i tú sorda a mis ruegos como roca  
estás, en quien se rompe alta corriente?

Goza la nieve i rosa que los años  
te ofrecen; mira, Aglaya, que los días  
llevan tras sí la flor i la belleza;

que cuando de la edad sientas los daños,  
as de invidiar el lustre que tenlas  
i as de llorar en vano tu dureza.

15

Passa, Tirsis, cual sombra incierta i vana  
este nuestro vivir i, como nieve  
al tibio rayo, desvanece en breve  
todo apazible bien i gloria umana.

Mira cuánto en color, cuánto en loçana  
juventud confiar el ombre deve,  
si assí acabó Medrano: ¡ô, en buelo leve

subido aya a la estança soberana!

Siendo su fin veloz (aunque no incierto,  
triste imagino aquél que nos aguarda)  
sólo por no avenirle en pena, en lloro.

Tirsis, dexa este mar, buelve ya al puerto  
la nave i busca el celestial tesoro:  
que a nos, quiçá, tan triste fin no tarda.

16

Cuando te miro, ô fresno, assí al elado  
soplo del Aquilón, calvo la frente,  
i al tibio i blando soplo de Occidente  
de purpúreo verdor la cima ornado,

alegre buelvo a mi infelice estado  
i esfuerço assí mi corazón doliente:  
«Espera, no importunes al luziente  
cielo con voces i con llanto airado.

Tiempo será que tan crecida pena  
acabe, i tu luz gozes, si oprimido  
yazes aora en tan profundo yelo.

I si el bolver del incansable cielo  
da a un mudo tronco el verde onor perdido,  
¿cómo a ti no tu pura luz serena?»

17

Yo acabaré, infelice, en el ondoso  
golfo que ensaña i turba el viento airado,  
pues en nevoso invierno sulqué osado  
piélagos assí profundo i proceloso.

Ya me arrebató el ponto furioso,  
i miro el leño, en piezas desatado,  
entre la espuma errar (¡ai, yo cuitado!)  
i no el cielo a mis lágrimas piadoso.

Yo acabaré, pues me creí imprudente  
del manso mar, que inmenso me rodea

i bolverá en sus olas mis desnudos

güesos. No fíe de cristal luziente,  
tome exemplo en mi mal quien no dessea  
ser, cual yo, pasto de nadantes mudos.

18

¡Náufraga onda, i cómo leda frente  
tuya, mientras ocio fácil posseía,  
otra vez me a engañado, que creía  
siempre tranquilo tu cristal luziente!

Ya no miro encrespase dulcemente  
el mar con l'aura que Occidente envía,  
mas espumosos montes que a porfía  
levanta al cielo el Euro furiente.

Tres veces fueron ya qu'e'l hondo Egeo  
rompí, mal cauto, con aguda prora,  
náufrago, i tantas lo sulqué animoso.

Debiera escarmentar, porque no ahora,  
opuesto en vano al mar impetuoso,  
llorara el cierto fin en que me veo.

19

Este que ves, ô güésped, vasto pino,  
útil sólo a la llama ya en el puerto,  
selva frondosa un tiempo, en descubierta  
cielo dio amiga sombra al peregrino.

De la cumbre Citoria al ponto vino,  
por la mordaz segur el tronco abierto,  
i después, alta máquina, el incierto  
golfo abrió, siempre con hinchado lino.

Vientos, aguas sufrió; llegó a la Aurora,  
veloz nave, i rompió luengos caminos,  
i a su patria bolvió soberbia i rica.

Mas no firme a sufrir del mar ahora  
los ímpetus, por voto a los marinos

dioses Cástor y Pólus se dedica.

20

Almo, divino Sol, que en refulgente  
carro sacas i ascondes siempre el día,  
i otro i el mismo naces tras la fría  
sombra que huye l'alva luz ardiente;

pura i cándida Ilitia, que luziente  
eres del cielo onor, si se desvía  
el áureo rayo que tu ermano envía  
a tu hermosa faz resplandeciente:

venid ambos, venid, lustre del cielo,  
fáciles a mis ruegos. Tú, Lucina,  
seas blanda a Celia en la cercana ora.

I pues te onra, ô Febo, con divina  
voz, da al infante cuando sienta el yelo  
del aire, ingenio i dulce voz sonora.

21

Este sediento campo, que abundoso  
de roxa mies contemplo en el estío,  
vi cubierto de umor luziente i frío  
en el órrido ivierno i proceloso.

I este de luengos cuernos caudaloso  
Betis, correr con nuevo orgullo i brío  
vi ya; i descrece i con angosto río,  
entra en el ancho piélagos espumoso.

Mas nunca, ¡ai, ô dolor!, mi incendio veo  
menguarme un poco, o robe soplo elado  
onra a la selva o tibio la corone.

I el hado, aun en tan grave mal, dispone  
que muera en mi importuno devaneo  
en lágrimas i en fuego desatado.

22

Este ambicioso mar, que en leño alado  
sulcas oi, pesadumbre peregrina  
de fundación en otra edad divina,  
a entre soberbias olas sepultado.

Cuando se ve ceñido i retirado,  
aparece admirable alta rüina,  
i la llaman, ô Manlio, Salmedina,  
que sombra de su nombre aun no a quedado.

¿Quien creyera que invidia de grandeza  
en lisongero ponto se hallara?  
¡Ô mal segura fe de agua inconstante!

Borró desta ciudad la ilustre alteza,  
por dilatarse, como ya borrara  
el ancho imperio i el poder de Atlante.

23

¿Dónde con presto passo i frente leda,  
Fedro amigo, caminas diligente?  
Llevas, ¡ô cuán en vano!, hacha ardiente  
que esparze de la cumbre el humo en rueda.

¿Inoras, por ventura, cuánto pueda  
más estender su luz resplandeciente  
la llama que en mi pecho acerbamente  
i dulce, el engañoso amor ospeda?

Esta puede apagar fuerça de viento,  
i la lluvia que ya se precipita  
con ímpetu del cielo i con rüido;

pero de Venus el ardor que siento,  
si la misma deidad no lo marchita,  
nunca será de otro poder rendido.

24

¡Ô cómo cuando vi tu blanca frente,  
Lesbia, yo perezí, i cómo encendido  
con nueva llama, el pecho endurecido

ya siento regalar sabrosamente!

Mas ¿cuál admiración, si a un ecelente  
i peregrino ardor se ve rendido  
de altivas luzes quien miró, atrevido,  
resplandor que vibraron refulgente?

Pero que en trasparente, tersa i pura  
nieve se asconda del alado ciego  
la no vencida hacha abrasadora,

i que muera en incendios cada ora  
quien de nieve tocó umana figura...  
¡Ô admiración, ô no entendido fuego!

25

¿Date en qué exercitar el sufrimiento  
i la grandeza de ánimo fortuna,  
i desmayas assí? Ocasión alguna  
menospreciar devieras de tormento.

¿Sabes que es infelice el siempre esento  
de padecer debaxo de la luna?,  
¿que un mal sufrido i aspereza una  
número da entre dioses i alto assiento?

Mira cómo del hierro i la herida  
la mal derecha vid orna su frente  
con verde veste i con purpúrea gloria.  
Pues la ínclita Sagunto por sufrida,

más que a sus fuertes muros i a su gente,  
deve a la adversidad su alta memoria.

26

No canses el ingenio ni la mano  
en imitar las luzes i la nieve,  
Lelio, de aquella faz con quien se atreve  
arte sublime a competir en vano.

Que ni el negro cabello simple i llano,  
que tal vez por la frente l'aura mueve,

imitará la tinta, aunque más prueve  
sobrar en fuerças al saber umano.

I podrá las palabras i el aliento  
mentir temple ingenioso de colores?  
¡Ô, no hagas tan grave injuria al arte!

Cuando el olor me pintes a las flores,  
i la llama del sol i el movimiento,  
de Egle podrás la más difícil parte.

27

Manlio, si alguna vez la igualdad mía  
de la fortuna en el mayor aprieto,  
te causó admiración, verme sugeto  
a tan fácil rigor, risa podría.

Pero si sabes bien de valentía,  
no engañe lo exterior tu alto conceto,  
que quién sabe si más violento efeto  
hizo este mal en mí que otro haría.

Nave que pudo al mar embravecido  
firme sufrir i al viento más airado,  
ya vi perder en arenoso asiento;

i el vidrio a luenga edad nunca rendido,  
ni del agua i la llama sojulgado,  
lo vence i lo consume un blando aliento.

28

En vano del incendio que te infama  
eternidad presumes, aunque estienda  
su fuerça más i el pecho tuyo encienda:  
que fin breve i veloz tiene quien ama.

Si furioso i violento se derrama  
por tus venas en áspera contienda,  
por más que el roxo umor se le defienda,  
pasto será de su ambiciosa llama.

No ternas, pues, del inconstante i ciego

vulgo ser habla un poco, que alterado,  
súbite como el mar su furia dexa.

Que si sobervio ardor assí te aquexa,  
serás en breve al no sonante fuego  
en humo i en cenizas desatado.

29

*A don Juan de Fonseca i Figueroa*

Este mar que de Atlante se apellida,  
en inmensas llanuras estendido,  
que a la tierra amenaza embravecido,  
i ella tiembla a sus olas impelida,

cubre, don Juan, la parte más luzida  
del orbe, i yaze embuelta en alto olvido:  
vivir el nombre apenas a podido,  
i fue mayor que la África encendida.

En un sol i una sombra esta grandeza  
l'agua cubrió; di, ¿i temes alterado  
de tus males eterna l'aspereza?

¡Ô cuán cerca te juzgo d'engañado  
si temes a los ímpetus firmeza!  
Que todo huye como viento airado.

30

Fabio, miraste i luego a la amorosa  
hacha ardiste; no acuso la presteza,  
que es nueva admiración l'alma belleza  
de la en ti dulcemente poderosa.

Los cándidos jasmínes i la rosa  
qu'en su frente esparzió naturaleza,  
¿quién vio jamás?, ¿i quién l'alta viveza  
i llama de sus luzes gloriosa?

Tú, pues, prudente, qu'el correr no inoras  
del puro sol a oscura noche fría,  
ardes en viendo lumbre soberana.

Arde, que huyen las veloces oras,  
i no se sabe si al presente día,  
Fabio, podrá añadirse el de mañana.

31

¿Es esta vez, ô Manlio, la primera  
que sentiste las iras temeroso  
del agua i del vulturno proceloso,  
o que llegaste a ver la muerte fiera?

¿Cómo la frente assí en la paz severa  
turbas mustio con llanto vergonçoso?  
Destas olas i viento impetuoso  
en vano acusas la celeste esfera.

Que no inoravas tú cuán mal seguras  
son del mar las lisonjas, i cuán ciertas  
a deslizarse sus tranquilas oras.

Llora la umana condición si lloras,  
Manlio, i que al mal de ayer nunca despiertas  
las mientes con que oi mides tus venturas.

32

Temes en vano al rayo que te ofende  
ser en polvo i en humo convertido,  
aunque del pecho tuyo en lo ascondido  
tanto con ambicioso ardor se estiende.

El regalo ¿a cuál ánimo defiende?,  
antes lo tiene débil i oprimido;  
sólo constante te hará i sufrido  
a padecer, el fuego que te enciende.

Como el barro que diestra mano informa  
de la impelida rueda al movimiento,  
apena estable en su primer figura,

que mientras al agua i viento se conforma,  
yaze frágil, i firme sufrimiento  
le da la llama con que eterno dura.

33

Sabes cuán raro bien sigue a las oras,  
i que podrás apenas en el día  
contar alguno, ¿i la tristeza mía  
ya admiras i ya culpas i ya lloras?

Engañaste si piensas que mejoras  
o borras assí el mal que el cielo envía:  
¿no ves que al sol como a la sombra fría  
siempre acompañan penas boladoras?

Juzgó, Manlio, tu mente que sin duda  
el ánimo i el tiempo se mudara  
si otro el lugar i si otro el aire fuera.

Mas ¿qué hizo el que mares mil sulcara  
e incógnitas regiones anduviera?  
Que el cielo, ¡ai!, i no el ánimo se muda.

34

A don Juan de Fonseca i Figueroa

Vime del Adria en la sobervia fiera,  
el vigor i el aliento desmayado,  
juego ya de las olas, i arrojado  
soi, náufrago, despojo en la ribera.

Don Juan, ¿en mi fortuna quién creyera  
tan súbita piedad de ponto airado?  
Temíme entre sus iras sepultado,  
i salvo a un tiempo me contemplo fuera.

Colgaré úmida veste en sacro templo  
al eterno i común Señor por voto:  
será acaso escarmiento al atrevido;

mas ¿cómo a mí, si ai lisongero olvido,  
i no asiste en imagen para exemplo  
viento i turbado mar i pino roto?

35

Levanto el cuerpo, que sustento appena,  
desta playa que el ponto hiere i baña,  
libre ya de los ímpetus i saña  
que teme i tiembla la açotada arena;

i miro l'agua, de piedad agena,  
que entre montes d'espuma con estraña  
crüeza me bolvió, cómo aora engaña,  
que mansamente por la playa suena.

Pero yo que me vi en el trance extremo  
tantas vezes, i sé cuánta distancia  
ai de su alegre a su turbada frente,  
huyo su imagen, aunque vanamente:

que si conosco su mudança, temo  
como igual a sus olas mi constancia.

36

Manlio, las pocas oras que solía  
contar del sueño al ocio i al engaño,  
dolor tuyo i tu incendio con estraño  
sentimiento a mi mente las desvía;

i ni en la sombra ni en la luz del día  
me da apenas alguna desengaño,  
ni la piedad lo ofrece de tu daño,  
llama que no será ceniza fría.

Pusiérame escarmiento peregrina  
forma de padecer, porque temiera  
errar cual tú por un Vesuvio ciego;

mas ¿cómo, ¡ai!, si es la causa tan divina?  
¡Ô, bien dichoso, aunque abrasado muera,  
quien pudo arder en tan ilustre fuego!

37

Sin razón contra el cielo, Aglaya mía,  
mueves airada el labio, porque a dado

veloz fin a tu lustre i al dorado  
pelo qu'en tu alva frente reluzía,

si la flor que aparece al nuevo día,  
el crespó seno en púrpura bañado,  
con color se ve en tierra desmayado  
antes que el mismo al mar tuerça la vía.

Proqu'e'l fuego i la nieve dulcemente  
en tu rostro mezclados, ¿qué otra cosa  
son que una breve flor? Templá la saña;

que la fatal disposición no engaña,  
si a quien alta belleza floreciente,  
la edad le da de la purpúrea rosa.

38

¿No viste siempre en firme lazo atadas  
la piedad i la fe a la mansedumbre?  
Ya en la ondosa i sonante pesadumbre  
son con frecuente exemplo desatadas.

¡Cuántas de las ciudades admiradas  
que al cielo amenazaron con su cumbre  
i habla fueron por su ecelsa lumbre,  
callan entre las aguas sepultadas!

I este, pues, tan cruel, tan ambicioso  
umor que lame fiero altas rüinas,  
es fiel i pío a la tierra, a un tronco elado.

¡Ô afectos, ô piedad, que al proceloso  
ponto illustren tus obras peregrinas,  
i a mí ni aun sombra tuya aya tocado!

39

¿Cómo será de vuestro sacro aliento  
depósito, Señor, el barro mío?  
Llama a polvo fiar mojado i frío  
fue dar leve ceniza en guarda al viento.

¿Qué superior, qué puro movimiento

avrá en ardor a quien el peso impío  
desta tierra mortal apaga el brío  
i los esfuerzos a su ilustre asiento?

Piedad este encendido soplo aguarda,  
que en mí se halla duramente atado,  
mientras el postrer desmayo se difiere.

Mas si entre tanta oposición dexado  
fuere de Vos, mi eterno fin no tarda:  
que un breve fuego aun sin contrarios muere.

40

Ardo en la llama más hermosa i pura  
que amante generoso arder pudiera,  
i necia invidia, no piedad severa,  
tan dulce incendio en mí apagar procura.

¡Ô, cómo vanamente se aventura  
quien con violencia i con rigor espera  
que un alto fuego en la ceniza muera  
mientras un alma a sabor en él se apura!

Si yo entre vagas luzes de alva frente  
me abraso, i entre blanda nieve i rosa,  
es culpa de tu amor no hazer caso:

no es la lumbre del sol más poderosa  
i agrada más naciendo en oriente,  
que cuando se nos muestra en el ocaso.

41

Estas ya de la edad canas rüinas,  
que aparecen en puntas desiguales,  
fueron anfiteatro, i son señales  
apena de sus fábricas divinas.

¡Ô, a cuán mísero fin, tiempo, destinas  
obras que nos parecen inmortales!  
¿I temo? ¿I no presumo que mis males  
assí a igual fenecer los encaminas?

A este barro que llama endureciera  
i blanco polvo umedecido atara,  
¡cuánto admiró i pisó número umano!

I ya el fausto i la pompa lisongera  
de pesadumbre tan ilustre i rara  
cubre ierva i silencio i orror vano.

42

De los rosados cercos donde suena  
dulcemente ofendido el puro aliento,  
prendes ufano, ô búcaro sangriento,  
dando a invidioso amante acerba pena.

Más que a la mano de artificio llena,  
tanto bien debes al ardor violento,  
i más que a tu primero nacimiento,  
aunque de rara fue i purpúrea vena.

No assí de Amor sucede al rayo airado  
que alto incendio en mi alma ya eterniza:  
que ardo sin dicha entre la llama ciego.

Mas, ¡ai, que tienes tanta gloria elado!  
I si el favor no se concede al fuego,  
Fili, yo no lo invidio en la ceniza.

43

Prende, sutil metal, entre la seda  
qu'el pelo embuelve i ciñe ilustremente,  
el riço lazo que de ecelsa frente  
sobre el puro alabastro en punta queda;

o prende la vistosa pompa i rueda  
del translúzido velo refulgente  
debaxo el cuello tierno i floreciente  
en quien, ¡ô!, ni el pesar ni el tiempo pueda;

qu'en mí será tu aguda punta ociosa,  
i de nuevo herir o dar favores  
no puede otra virtud en ti ascondida

mientras ai viva nieve i blanda rosa  
i en desmayados ojos resplandores,  
árbitros de la muerte i de la vida.

44

En mi prisión i en mi profunda pena  
sólo el llanto me haze compañía,  
i el orrendo metal que noche i día  
en torno al pie moleestamente suena.

No vine a este rigor por culpa agena:  
yo degé el ocio i paz en que vivía  
i corrí al mal, corrí a la llama mía  
i muero ardiendo en áspera cadena.

Assí del manso mar en la llanura,  
levantando la frente onda loçana,  
la tierra al agua en que nació prefiere;

mueve su pompa a la ribera, ufana,  
i cuanto más sus cercos apresura,  
rota más presto en las arenas muere.

45

No se acredita el día, antes se infama,  
con la injuria que haze a la belleza:  
húyenos con oculta ligereza,  
i va tras él la más ilustre llama.

¿Qué breve fin no temerá quien ama?  
Clori, la dulce flor i la pureza  
de tus luzes i nieve con presteza  
desvaneció, i enmudeció aun la fama.

Assí en el aire discurrir luzientes  
vi de la tierra alientos estivales,  
i morir cuando más resplandecientes;

i assí a importunas pluvias celestiales  
formarse en l'agua cercos transparentes,  
sin dexar de su pompa aun las señales.

*A una centella que saltó a los ojos de una dama*

Clori, a tus ojos i a la llama pura  
que los cerca i enciende dulcemente,  
centella de ambicioso fuego ardiente  
boló más atrevida que segura;

subió a tanta belleza, i suerte dura  
o crueldad de tu luz resplandeciente,  
la apagó en el ardor, i aun no caliente  
polvo, tu lustre acusa i su ventura.

Clori, invidió tu lustre i resplandores,  
i culpa fue porque veloz muriese  
i quedasse sin gloria oscurecida:

nunca se vio del sol nube ofendida  
aunque invidia a sus raios la opusiese,  
mas antes encendida en mil colores.

Como se van las aguas deste río  
para nunca bolver, assí los años,  
i sólo dejan infalibles daños  
que reparar no puede voto pío.

Fundamos esperanças al estío  
desde el invierno, ¡ô ciego error, ô engaños!,  
i húyennos los tiempos por estraños  
modos, i huye el floreciente brío.

La dulce atrocidad de aquellos ojos,  
ante quien ia perdí color i aliento,  
tras sí la lleva a más andar el día.

Vive tú a la opinión de onor sediento,  
que io al ocio plebeio viviría  
si apenas ai de lo que fui despojos.

*A Francisco Pacheco, Pintor*

Si mides tu ambición con tu fortuna  
mientras la edad sin detenerse buela,  
sin causa, Fabio, tu razón desvela  
que aia a tu suerte oposición alguna.

En lo interior del orbe de la luna  
no esperes paz al bien que l'alma anhela,  
antes, ô Fabio, al sufrimiento vela  
alegre al que contrario lo importuna:

como la siempre floreciente llama  
por quien renace i por quien muere el día,  
que igual raia en el cielo i resplandece,

i a montañas de nuves i a porfía  
en su maior oposición parece  
que de hermosas luzes las inflama.

49

¡Cómo a ser inmortal, Manlio, caminas!,  
pues cuando el orbe en pieças dividido,  
cae con ímpetu orrendo i con rüido,  
intrépido te hieren sus rüinas.

Émulas, Manlio, son de las divinas  
tus acciones; del número embestido  
ni passas a sus voces advertido,  
ni a sus injurias aun la frente inclinas.

Assí al luziente cerco de la luna,  
rayando en muda noche el orïente,  
furioso can latiendo va erizado;

i ella igual i segura i refulgente  
sube, mal advertida a la importuna  
voz del can simple, en daño suyo airado.

50

Fili, la destemplança con que suena

tu voz a mi desdén, siempre me advierte  
que también para ti guardó la suerte  
el fuego a que severa me condena.

A tratar nueva injuria como agena,  
Fili, mal puede ser que el arte acierte:  
que no ai remedio a no prevista muerte,  
ni prevención en no advertida pena.

En vano a persuadirme te dispones,  
con forçada razón tus falsos ielos  
si tus alientos no te son propicios.

¿Sabes que dieron pródidos los cielos  
al umano secreto las acciones  
solas de su verdad falsos indicios?

51

Rompo con lisa frente las prisiones,  
Fili, que tus engaños fabricaron;  
lágrimas tu mentir acreditaron  
contra avisos de fieles presunciones.

¡Ô, cuántas vezes, Fili, a tus acciones  
(que mal ardiente llama en mí apagaron)  
en mis ielos piedad solicitaron  
i turbaron prudentes prevenciones!

Pero ia de tu llanto la eloquencia,  
i de tus modos en silencio el arte  
no podrá introducir nuevos engaños.

I yo más quiero a solas invidiarte  
que ver siempre ostinada la prudencia  
al persuadir de tantos desengaños.

52

¡Ô rotos leños i mojado lino,  
error a la ambición más lisongera!  
¿Qué mal fundado error tu paz primera  
en la selva turbó, robusto pino?

I tú, atrevida yerva, que camino  
a fábrica naval diste en la fiera  
agua, ya por su injuria en la ribera  
eres triste escarmiento al peregrino.

¡Ô mil vezes dichoso el que igual cuenta  
largas oras en ocio entre sus lares,  
superior a vulgares opiniones,

que ni a la suerte invidiará sedienta,  
ni, inútil peso, temerá en los mares  
escudriñar sus íntimas regiones!

53

¿Qué secretos no vistos en mis males  
inventas, Cloe? Miro las acciones  
que fabricaron a mi paz prisiones,  
como cuando en tu gracia siempre iguales;

también tus puras voces celestiales,  
contra quien no ai humanas prevenciones;  
mas ¿qué oculto veneno en ellas pones  
que las siento, muriendo, desiguales?

¡Ô modos eficaces i elocuentes,  
cómo habláis en las injurias mías  
lo que niegan palabras i favores!

¡Qué no entendida fuerça de temores  
descubrís en silencio! ¡Ai!, florecientes  
mis glorias llevan los veloces días.

54

Cánsome en fabricar lenta fortuna  
con el error que a los humanos lleva,  
mas la esperiencia a mi razón le prueba  
que igual me a de seguir la de la cuna.

Esta luz, para mí nunca oportuna,  
solamente en mi daño se renueva,  
ni sé qué más a sus orientes deva  
que la vez de los casos importuna.

I estoi ia tan de parte del engaño  
que fabulosas glorias me propone,  
que acción no acuso de siniestra suerte.

Assí a sus leies ambición dispone  
el ánimo, i en tanto errar no advierte  
la verdad que le avisa el desengaño.

55

Movió mi fuego a compassión los días,  
i llevaron veloces i severos,  
Fili, a tus ojos, dulcemente fieros,  
la flor que perturbó las pazes mías.

Ia a los que en competencias i porfías  
de pretender, hizo tu amor primeros,  
aun la piedad no haze: lisongeros  
de las cenizas que contemplan frías.

¡Cómo, si fuera al tiempo permitido  
bolver, i por las luzes de tu frente  
raio de risa centellando ardiera,

fueras con tu belleza más prudente,  
porque el vivo color no enmudeciera  
con tanto aplauso a sombras reduzido!

56

Hiere con saña el mar i con porfía  
la seca arena, a su crueldad desnuda,  
i l'agua, siempre en el herir más cruda,  
temblor embuelto en su furor l'envía.

Pero nunca a sus ímpetus desvía  
la frente el polvo numeroso, o duda  
permanecer en su constancia muda,  
por más que oculto se repare el día.

Sólo ofendiendo, el ponto entre sus iras  
suspira en el silencio de l'arena,  
como si alguna vez fuera ofendido.

Tal, Lice, entre las lágrimas suspiras,  
i el repetido aliento en mí mal suena,  
mudo yo a tus injurias i herido.

57

¿En qué ecelso lugar, Lesbia, formada  
la nieve fue de tu hermosa frente?  
La que a Moncaio coronó luziente  
no es blanca a su pureza comparada.

¿Con cuál purpúrea llama retocada  
fue a partes su belleza floreciente,  
que desmaia i abrasa ocultamente  
a la alma más sobervia i más elada?

Tus puras luzes, dulcemente atroces,  
¿qué raio celestial cerca i enciende?  
¿Cómo suspende tu razón divina?

Mas, ¡ô necio, cuán poco las veloces  
palabras pueden! Lesbia peregrina,  
quien menos habla en ti, menos te ofende.

58

Celos que perturbáis la gloria mía  
i eláis tal vez mi peregrino fuego,  
crédito siempre a vuestra injuria niego  
porque apagar mi ilustre ardor porfía.

Pero la blanca nieve que encendía  
en mí, llama a quien doi umilde ruego,  
aunque su lumbre solicito ciego,  
con frecuentes ofensas me desvía.

A mi tormento entonces lisongea  
un ielo que en mí corre blandamente,  
i en él hallo, aunque breve, algún consuelo.

Mas, ¡ô celos, ô infierno, ô rabia ardiente!,  
¿cuándo será que vuestro elar no crea?  
Que más me abraso cuanto más me ielo.

59

No fue acierto del caso el aplaudido  
golpe, que hizo en trueno el plomo ardiente,  
en la dura, espaciosa, armada frente  
del animal de Iuno más temido;

ni cayó inútil peso sin gemido,  
bañado en su purpúreo humor caliente,  
por verse de deidad, ocultamente,  
a fôrçosa, obediencia reduz:ido;

sino que el arte es tanta i la destreza  
del Gran Filipino, que en el metal hueco  
si el negro polvo enciende las centellas,

teme el buelo que toca a las estrellas,  
teme en toda montaña la fiereza,  
teme aun la imagen de la voz el eco.

60

Guadalquivir, si en otro tiempo ornaste  
con oro tu ecesiva y alta frente,  
si diste excelso nombre en tu corriente  
con los blancos vellones que doraste,

y ya (culpa del tiempo) assí trocaste  
tu gloria, tu esplendor puro y luciente  
(admirable a la más remota gente),  
que dello sólo sombra nos dexaste,

agora un blando rui señor cantando  
de un vario poro en el confuso seno,  
mayor gloria te da que la perdida.

Por tanto, Betis, por tu sitio ameno  
canta su nombre, y dilo a tu querida  
Tetis quando le estés los braços dando.